

rojo. Acompañábale un hombre vestido de perro, con su rótulo debajo de la cola, que decia: «*Así es mi dicha,*» perra. ALARCON torneó con el poeta Juan de Ochoa Ibáñez, ayudante del mantenedor, desplegando ambos tales bríos, que obtuvieron en premio sendos pares de guantes; y nuestro mexicano presentó los suyos á una dama tapada. (57) A la sazón, la edad del travieso mancebo no debia pasar de veinte y tres años.

CAPITULO VII.

Alarcon y Cervántes.—¿Qué debió á Sevilla el ingenio de estos escritores?

1606-1608

Aquí ya le tiene el lector en cordial y franco lazo de amistad con el portentoso Miguel de Cervántes Saavedra.

Si el rey de nuestros escritores no fué avaro jamás de lo que sabia; si tuvo siempre su mayor complacencia en formar y alentar á jóvenes de esperanza, como entiendo que lo hizo pocos años ántes, en los de 1599 y 1601, con el despierto representante Agustin de Rojas, mozo de veintidos abriles, franqueándole el borrador original é inédito del QUIJOTE, é inspirándole el gusto más depurado y exquisito, (58) ¿es posible que negara los raudales de su mucho saber y suma discrecion y advertencia á muchacho que

tanto prometia, tan estudioso, tan ávido de enriquecer su alma con los tesoros de la ciencia y de la experiencia, y con el arte del bien discurrir, del bien escribir y del bien hablar?

Quien reconozca en ALARCON al primero de nuestros dramáticos que supo concebir y desarrollar una verdadera comedia de carácter; (59) al espíritu valiente, resuelto á conseguir que el público descendiera del mundo ideal y convencional, á que lo habia encaramado Lope, trayéndole á lo usual y cotidiano, y doctrinándole con la práctica y documentos de excelente filosofía; quien confiese que el autor de *La Verdad sospechosa* aspiró constantemente á realizar en sus obras un fin moral de bienhechora enseñanza,—por fuerza habrá de convenir conmigo en que Cervántes le sugirió tan gallardo intento, y que depositó en su alma la semilla, y que ésta fué tomando sér, bulto y vida al calor de los años en el continuo estudio y trato de los hombres.

Cervántes, desde que reconoció en sí el fuego puro y santo de favorable Minerva, habíase empeñado decididamente en que todos sus escritos ofrecieran al lector un saludable ejemplo.

Ya desde el año anterior de 1605 era pública y evidente su resolución.

Con el DON QUIJOTE aspiraba á desterrar las vanas lecturas de los libros de caballerías; á pre-

sentar modelos de buenas costumbres y de sana moral, de hidalguía y de nobleza, desnudos de la exageracion y extravagancia antirracional que deslustran aquellas soñadas historias; y llevar eficaz medicina y saludables advertimientos al corazón de la sociedad española, que con el nuevo siglo y con el nuevo reinado empezaba á corromperse.

Que todas sus novelas habian de ser ejemplares, lo proclamaba la de *El Curioso impertinente*, incluida como despeñado río en aquel maravilloso Océano, enseñando que

Es de vidrio la mujer;
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar,
Porque todo podría ser.

En fin, en el capítulo XLVIII de la primera parte de *El ingenioso hidalgo* habia Cervántes echado las zanjias para la reforma del teatro español, indicando qué rumbo debian seguir las comedias buenas, artificiosas y bien ordenadas, para que saliera el oyente alegre con las burlas, enseñado con las véras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con *los ejemplos*, airado contra el vicio y enamorado de la virtud.

No es posible, pues, que ALARCON, sintiendo dentro de su mente la inspiracion dramática, dejase de ambicionar la corona con que le brinda-

ba este capítulo del *Quijote*. Yo le veo acudir al gran maestro en cuanto lee tan seductora doctrina, y pedirle consejo y guía. Pendiente de los labios del anciano generoso, todo afabilidad y dulzura, debió estar ALARCON oyendo el verdadero arte dramático y guardando en su memoria y entendimiento las reglas que supo tan bellamente practicar despues, y que le han valido el desagravio y unánime aplauso de los siglos.

Con poco que se medite hallarémos, primero la pauta en Cervántes, y luego en D. JUAN la aplicacion y feliz experiencia del precepto. Y si contemplamos unidos á estos dos hombres en aquella sazón oportunísima en que la dócil juventud escucha y aprende, y las nobles y autorizadas cañas aleccionan é instruyen, de ningun modo puede ser arbitrario estimar á RUIZ DE ALARCON discípulo de Cervántes, no solo formado en la lectura de sus obras, sino inmediatamente en su doctrina oral, activa y fecundizadora. Tambien los adestrados ingenios tienen su árbol genealógico en la ciencia, y en él deben fundar sus más inclitos blasones.

Pero no se nos quiera argüir con la vulgar opinion de que Cervántes era un escritor dramático mediano, y que un mediano artífice no puede formar un consumado maestro. Precisamente suele suceder lo contrario; muchos hombres

tienen el dón de enseñar lo que ellos mismos no pueden hacer con perfeccion extremada. Cervántes, incomparable novelista, excelente poeta lírico y crítico eminente, harto podia formar, como formó, un admirable poeta dramático. Fuera de que la crítica, aun no ha fallado en definitiva sobre el teatro de Cervántes, el cual solo se apreciará debidamente cuando en conjunto lo sea todo el de su tiempo, juzgando sin resabios ni preocupaciones de escuela, pesando y quitando las opiniones emitidas hasta el día, y no hablando jamás de memoria, por incuria ó abandono. A ello se consagra uno de nuestros primeros críticos, el Sr. D. Manuel Cañete, y de seguro que entónces se ha de ver muy en claro la materia. (60)

Por aquellos días acabó de retocar Cervántes otra novela, bosquejada en los de Marzo, con el título de *La Española inglesa*. Debió ser sugerida, como lo fueron casi todas sus obras, por hecho real y verdadero, asunto de conversacion y curiosidad en Sevilla. Quizá algunos padres recobraron entónces una hija robada por los ingleses en Julio de 1596, cuando el saqueo de Cádiz; tal vez el Cardenal-Arzobispo D. Pedro Niño de Guevara pudo mostrar deseo de tener escritos los pormenores del suceso; y acaso no faltó quien rogara á Cervántes diese ocupacion á

su pluma vivificadora, envolviendo el hecho cierto en bellísima ficción, de aquellas en que sabía competir con la misma naturaleza.

Precisamente el licenciado D. Francisco Porras de la Cámara, prebendado de la metropolitana hispalense, desvivióse aquel año de 1606 por reunir en volúmenes cuantos rasgos de ingenio inéditos y documentos curiosos podía haber á las manos. Hacíalo por encargo del mismo Arzobispo, que con ellos quería pasar entretenidas las siestas del verano en su palacio de Umbrete. (61) Cervántes había facilitado ya con tal objeto al buen licenciado las novelas de *Rincónete y Cortadillo*, *El Celoso extremeño* y *La Tía fingida*, que no, por lo peligroso del asunto, deja de contener útiles advertimientos; y asimismo le permitió copiar el borrador de la *Carta á D. Diego de Astudillo*, describiendo la reciente y alborotada fiesta de San Juan de Alfarache. (62) Repárese que al final de *La Española inglesa* aparecen dos señores eclesiásticos, rogando á Isabel ponga toda su historia por escrito, para que la lea su señor el Arzobispo, y que ella lo promete. Uno de estos eclesiásticos es, sin duda, el licenciado Porras de la Cámara. Hay allí otra circunstancia interesante: «Isabela, sus padres y su marido (dice el novelista) aun hoy viven felices en las casas que alquilaron

frontero de Santa Paula, que después las compraron de los herederos de un hidalgo burgales que se llamaba Hernando de Cifuentes.» Pues en esa misma casa, ó en otra muy próxima, vivió Miguel de Cervántes Saavedra. (63)

Esta novela nos podría enseñar cuánto puede la virtud y cuánto la hermosura, pues son bastantes juntas y cada una de por sí á enamorar aun hasta los mismos enemigos, y de cómo sabe el cielo sacar de las mayores adversidades nuestras, nuestros mayores provechos.

Ocioso es decir que ALARCON sería de los primeros que oyeron leer á su autor la novela ó historia en las agradables y continuas conferencias de aquel y del siguiente año, y que debió agradaerle por demás un cuadro tan dramático, de tanta verdad y donosura, y muy particularmente la lección moral, remate de oro de la obra, de harta aplicación para él mismo en todo el curso de su vida. Una mujer hermosa, á quien la maldad desfigura el rostro, convirtiéndosele en asqueroso y repugnante, y que, sin embargo, continúa por sus virtudes, siendo amada con ceguedad de su prometido, había de consolar grandemente al corcovado poeta.

Que *La Española inglesa* vino á escribirse en la primavera de 1606 es verdad incontestable,

y descubrimiento feliz del Sr. D. José María Asensio y de Toledo. (64)

A Sevilla corresponde, pues, la gloria de haber inflamado y engrandecido el espíritu del sin igual Miguel de Cervántes Saavedra, como también la de haber prestado el calor primero á valioso gérmen en el alma de RUIZ DE ALARCON, gallardo reformador de nuestro teatro. Dice el Sr. D. Martín Fernández de Navarrete, en su erudita biografía de Cervántes: « Quien examine con cuidado y perspicacia las obras de este escritor, conociendo su carácter particular y los sucesos de su vida, se convencerá muy fácilmente de que su trato é intimidad con los andaluces, y la agudeza, prontitud y oportunidad de los chistes y ocurrencias que les son propias y naturales, fueron tan de su genio, y amenizaron tanto su fecunda imaginacion, que puede asegurarse dispuso allí la tabla de donde tomó los colores que despues hicieron tan célebre é inimitable su pincel, por aquella gracia nativa, aquella ironía discreta, aquel aire burlesco y sazonado, que produce un deleite cada vez más nuevo, singularmente en las obras posteriores á su residencia en Andalucía.» (65)

Pudo añadir que allí aprendió Cervántes á hermohear y enriquecer la lengua castellana con la frase pintoresca, armoniosa, viva y sonora, y

con las imágenes y modismos que se habian ido formando y vulgarizando en aquellos tan ricos emporios andaluces, á los últimos esfuerzos de la literatura y genio de los árabes, en la lucha del espíritu de libertad é independencia con el de legítima dominacion, en las vehementes y religiosas excitaciones de un Fr. Hernando de Talavera, un maestro Avila, apóstol de Andalucía, y un Fr. Luis de Granada, y en las sagaces disputas y excusas de los moriscos; todo al impulso de aquel sol y aquella naturaleza, inspiradores de suyo, por quien nada carece de vida y movimiento; y todo realzado por la imaginacion inflamable de un pueblo, si no culto, muy despierto é ingenioso, á quien están siempre hablando las mudas rocas, los risueños valles, las fértiles y dilatadas llanuras.

RUIZ DE ALARCON aprendia también allí á conocer el corazón humano, estudiándole en tan populosa y variada ciudad, en tan diversos y encontrados intereses como los que en ella se agitaban; en alianzas de próceres y adinerados con mujeres y familias de la última plebe, en ardidés y artificios inauditos para medrar el pobre, en los múltiples negocios y crímenes nunca imaginados de que conocian los tribunales, y en las muchas novelescas aventuras que ocurrían á cada paso en el silencio del hogar doméstico, difíciles de creer á veces, pero siempre gustosas de referir.